
Clausura Campus FAES Centroamérica y el Caribe Ciudad de Guatemala, 19 de septiembre de 2012

Frente a la criminalidad, como frente al terrorismo, no hay recetas mágicas ni soluciones fáciles: hay que perseverar, con valentía y decisión, en un camino recto. Ese camino es el camino del fortalecimiento de las instituciones democráticas y la aplicación, sin requiebros ni vacilaciones, de todos los instrumentos del Estado de Derecho. Sólo con la Ley, pero con toda la Ley se puede acabar con la violencia.

Quiero empezar estas palabras dando las gracias muy sinceras al rector de la Universidad Francisco Marroquín, Giancarlo Ibagüen, y a todo su equipo. Conozco y admiro la labor imprescindible que desarrolla esta institución desde hace mucho tiempo. La Universidad Francisco Marroquín es una de los centros académicos más prestigiosas de América Latina, y en la Fundación FAES nos sentimos muy contentos y honrados de contar con su amistad y colaboración.

También quiero agradecer de manera especial al presidente de la Fundación Libertad y Desarrollo, Dionisio Gutiérrez, por el apoyo imprescindible que nos ha prestado para la organización de esta iniciativa. Sin su entusiasmo y compromiso con las ideas y principios que nos unen, este primer Campus Centroamérica y el Caribe no habría sido posible.

El Campus Centroamérica y el Caribe es una idea que nació de una buena experiencia y de una firme convicción. La buena experiencia es el Campus que la Fundación FAES celebra desde hace ya muchos años en Navacerrada, en Madrid, y que se ha convertido en un referente de debate en libertad y para la libertad. La firme convicción es que una estrecha colaboración entre españoles y centroamericanos es más útil y más necesaria que nunca: tenemos importantes lecciones que compartir y grandes oportunidades que aprovechar juntos.

En estos tres días, los ponentes y alumnos del Campus FAES habéis tenido la ocasión de abordar asuntos fundamentales para la consolidación de una región fuerte y próspera. Aquí se ha hablado de muchas cosas de las que he sido siempre un firme convencido: la importancia de unas instituciones democráticas sólidas; el valor imprescindible de la seguridad para la libertad; la necesidad de promover una mayor integración regional; el papel imprescindible de la libertad de prensa...

Todas estas ideas inspiran el documento que hoy tengo la satisfacción de presentar. "América Latina, una Agenda de la Libertad 2012" es la expresión de un proyecto político que dio sus primeros pasos en 2007 con la publicación de un primer documento que presentamos en 18 países de América Latina. Entre otros, Guatemala. De hecho, lo presentamos aquí mismo, en esta Universidad, en un acto magnífico que recuerdo muy bien.

La repercusión de aquella primera Agenda de la Libertad superó nuestras mejores expectativas. Alimentó el debate en foros académicos y políticos. Sirvió de fuente de consulta para investigadores y especialistas. Inspiró programas electorales y políticas de Gobierno. Y se convirtió en una referencia para todos los que deseamos una América Latina democrática, estable, próspera y plenamente comprometida con los valores occidentales.

Cinco años después, publicamos ahora una nueva edición. Una nueva edición que en realidad es un informe completamente nuevo, que analiza los profundos cambios experimentados en América Latina en estos cinco años y hace nuevas propuestas a la luz de las nuevas circunstancias. Si en la elaboración de la Agenda de 2007 participaron unas 100 personas, en la de 2012 han colaborado más de 1.400. Creo que este dato es un buen testimonio del arraigo de la Agenda de la Libertad y de la vitalidad y el compromiso de la Fundación FAES con esta orilla del Atlántico.

Esta Agenda de la Libertad 2012 ha sido presentada ya en España, Colombia, Argentina, Brasil y Estados Unidos. El próximo viernes lo haremos también en México y el lunes en Perú. Pero quiero decir que me complace especialmente poderlo hacer hoy aquí, en Guatemala.

No revelo nada si digo que siento un gran afecto por este país y por esta región, que conozco bien y en la que tengo muy buenos amigos. Centroamérica y España tienen un vínculo histórico y biográfico indisoluble. Centroamérica forma una parte esencial de la historia de España y España forma una parte esencial de la historia de Centroamérica.

Hemos vivido juntos, y juntos hemos protagonizado dos de los grandes hitos de la humanidad. El primero fue lo que el historiador británico Sir John Elliott –también amigo de esta Universidad– describió, en su brillante del mismo nombre, el “encuentro entre el Viejo mundo y el Nuevo”. El segundo, tres siglos más tarde, fue la revolución liberal atlántica. Es decir, el advenimiento de la modernidad política.

Esta nueva Agenda es de alguna manera un homenaje a aquella revolución liberal. La fecha escogida para su publicación no es fortuita. Hace ahora exactamente 200 años, en 1812, españoles de Europa y de América protagonizaron una de las páginas más brillantes de su historia en común al promulgar, bajo el asedio napoleónico, un texto que se convertiría en referencia de civilización y libertad: la Constitución de Cádiz.

La Constitución de Cádiz, forjada por españoles “de ambos hemisferios” para “ambos hemisferios”, puso fin al Antiguo Régimen, consagró la nación de ciudadanos libres e iguales, y contribuyó a la difusión de las ideas y los valores sobre los que se fundaron las nuevas repúblicas latinoamericanas.

Podemos decir que españoles y latinoamericanos alcanzamos la modernidad política al mismo tiempo, casi de la mano. Las ideas que defendían los patriotas americanos de la libertad en estas tierras son las mismas que inspiran la moderna Nación española.

Creo que esto es muy relevante. Significa que a centroamericanos y españoles nos unen mucho más que nuestro pasado, los grandes retos que debemos afrontar y nuestros intereses comunes, que sin duda son muchos. También nos une algo fundamental: nuestros valores; nuestros valores políticos.

Una de las premisas básicas de esta Agenda de la Libertad es que América Latina es parte sustancial de Occidente. Lo es por su historia. Lo es por sus aportaciones al pensamiento y la cultura. Y lo es también por su papel trascendental en la defensa de los grandes valores que hacen a los países avanzar y prosperar.

Estoy convencido de que América Latina es determinante para el futuro de Occidente. Un Occidente fuerte no es concebible sin una América Latina fuerte en los valores que nos distinguen: la libertad, la democracia, el Estado de Derecho, la división de poderes, el pluralismo político, la economía de mercado y la sociedad abierta.

En nuestra Agenda de 2007 decíamos que América Latina se hallaba en una encrucijada histórica. La región podía seguir el camino de la libertad, la democracia y la prosperidad. O, en cambio, podía optar por el populismo, el autoritarismo, la parálisis económica y la irrelevancia internacional.

Pues bien, cinco años después podemos afirmar con satisfacción compartida que América Latina ha escogido y ha escogido bien. Los cambios son espectaculares. Si en 2007 veíamos más sombras que luces en América Latina, hoy las luces predominan nítidamente sobre las sombras.

La región se ha decantado mayoritariamente por la democracia representativa y la economía de mercado. El pluralismo político y la alternancia democrática han avanzado. El respeto a las libertades individuales ha crecido. Y el Estado de Derecho se ha visto, en términos generales, fortalecido.

En lo económico, la continuidad en la aplicación de políticas sensatas ha dado unos frutos extraordinarios en términos de crecimiento económico, inversión, creación de empleo y lucha contra la pobreza. Hoy América Latina tiene una clase media en expansión y puede estar orgullosa de haber superado la crisis financiera internacional antes, y en mejores condiciones, que el resto del mundo.

Nada de esto ha ocurrido porque sí. La buena situación que atraviesa América Latina viene a demostrar algo en lo que siempre he creído firmemente: que ningún país está condenado al fracaso o tiene garantizado el éxito; que los resultados dependen de las políticas: las malas políticas dan malos resultados y las buenas políticas dan buenos resultados.

Una parte muy importante de la izquierda latinoamericana ha entendido que el camino del progreso no lo marcan ni el populismo ni el proteccionismo, sino las reformas estructurales y la apertura. Ha comprendido que para luchar contra la pobreza no hay fórmula más eficaz que suprimir las

barreras al emprendimiento empresarial y al comercio, dar entrada el capital privado, promover la competencia, controlar la inflación y fortalecer las instituciones.

El resultado es que donde hace cinco años había dos grandes opciones políticas o ideológicas en confrontación global, hoy existe un amplio y creciente consenso en torno a la idea de que el modelo de democracia representativa y economía de mercado es el mejor: el más eficaz para generar oportunidades y consolidar el progreso.

El resultado es también que los regímenes del llamado “Socialismo del Siglo XXI” están cada vez más aislados y tienen cada vez menos influencia en la región. Y, sobre todo, el resultado es que ya no estamos ante la ilusión, más o menos ambigua o voluntarista, de una América Latina democrática, abierta y próspera, sino ante una realidad: la realidad de una oportunidad cierta.

América Latina tiene hoy una oportunidad extraordinaria, probablemente la mejor que ha tenido nunca, para consolidar un futuro de prosperidad y tener un papel protagonista en un mundo cada vez más abierto y competitivo.

La batalla por la libertad y la prosperidad de América Latina se está ganando, pero todavía no está ganada. Como no lo está en ninguna parte del mundo.

También en esto la libertad y la prosperidad son hermanas, van de la mano. Las dos son lo que yo llamo horizontes, por distinguirlas de los objetivos. Los objetivos se alcanzan y punto. Los horizontes nunca se conquistan del todo. Para ser realmente libres y realmente prósperos no basta con gozar de la libertad o de la prosperidad un día o un año o un lustro; ni siquiera una década. Hay que perseverar todos los días en la misma dirección, sin vacilaciones, ni pausas, ni distracciones. Con austeridad, flexibilidad y reformas, en lo económico. Y con compromiso democrático, instituciones sólidas y liderazgos decididos, en lo político.

Esta es una de las principales lecciones que la crisis que atraviesa Europa en estos momentos puede ofrecer a cualquier país o región del mundo. El camino de la libertad y el camino de la prosperidad requieren un compromiso firme, convicciones duraderas, mucho coraje y una gran capacidad de desafío. Porque los enemigos de la libertad son poderosos y porque los obstáculos en el camino de la prosperidad son muy grandes.

De todos estos obstáculos, hay uno sobre el que me gustaría hacer hoy y aquí, en Guatemala, una reflexión. Me refiero a la inseguridad. A la inseguridad que se manifiesta en la delincuencia endémica y en el crimen organizado, con su efecto corrosivo sobre el Estado y las instituciones.

Y lo primero que quiero decir –y lo digo con conocimiento de causa- es que lo más importante para luchar contra la criminalidad, en cualquier de sus manifestaciones, es la determinación. No hay mejor amigo de los criminales

que la resignación. El desistimiento es el camino más directo hacia el fracaso. Es lo que buscan los criminales y lo que jamás hay que darles.

Frente a la criminalidad, como frente al terrorismo, no hay recetas mágicas ni soluciones fáciles: hay que perseverar, con valentía y decisión, en un camino recto. Ese camino es el camino del fortalecimiento de las instituciones democráticas y la aplicación, sin requiebros ni vacilaciones, de todos los instrumentos del Estado de Derecho. Sólo con la Ley, pero con toda la Ley se puede acabar con la violencia. Eso significa un Poder Judicial independiente, ágil y efectivo. Significa unas Fuerzas policiales profesionales, honradas y bien equipadas. Y significa una estrecha cooperación internacional.

Las razones para perseverar, para no desistir, son poderosas: la seguridad es una condición imprescindible para la libertad y, por tanto, también para la prosperidad. Sin seguridad, la democracia es un cascarón vacío y la prosperidad es efímera, el sueño de una noche de verano. La inseguridad genera miedo y el miedo ahuyenta la confianza, que es lo que distingue a las sociedades que progresan de las que no lo hacen. Sin seguridad, no hay desarrollo social, ni progreso económico, ni un futuro de prosperidad.

Hay quienes encuentran en la pobreza o la falta de desarrollo social una justificación para su resignación. Me parece un error. La inseguridad no es un correlato obligatorio de la pobreza. Hacer equivalencias simples entre pobreza y violencia es legitimar a las mafias, a las redes criminales, a la delincuencia organizada, como si fueran la expresión de los menos favorecidos.

Es injusto. La inseguridad y la violencia son fruto de la acción planificada de organizaciones criminales. Los delincuentes son individuos racionales; cuando actúan, también evalúan los costes frente a los beneficios. Si ese coste es muy bajo por la ausencia de respuesta del Estado, entonces existe un incentivo. Por eso, frente a la violencia no puede haber jamás impunidad. Lo diré de otra manera: un crimen sin castigo es el mayor estímulo para un nuevo crimen.

Luchemos contra la criminalidad para combatir la pobreza. Hagámoslo para que nuestras sociedades sean ámbitos de oportunidad y mejora. En lugar de afirmar sin matices que hay violencia porque hay pobreza, empecemos a pensar que la violencia es un factor determinante de la pobreza; uno de los mayores impedimentos a la prosperidad.

Estoy convencido de que el fortalecimiento de las instituciones democráticas y el Estado de Derecho debe ser una de las grandes prioridades de Centroamérica. Un objetivo en el que podemos y debemos trabajar juntos, compartiendo experiencias e intercambiando ideas y propuestas.

No basta con buenas promesas ni buenas intenciones. No basta con presentar medidas parciales ni con responder a los hechos consumados. Hace falta un gran programa de acción, que parta de la voluntad inequívoca de combatir la criminalidad y que aborde todos sus aspectos con sensibilidad y firmeza.

Hace falta un Estado y de Derecho. Es decir, hace falta un Estado capaz de cumplir con su función esencial de garantizar los derechos y las libertades de los ciudadanos. Un Estado que tenga la legitimidad y los medios. Eso implica leyes buenas, que se cumplan; instituciones sólidas, que merezcan la confianza ciudadana; jueces independientes, que apliquen la ley sin sesgos ni cálculos de oportunidad; y policías profesionales, que sepan cual es su obligación y la cumplan. Y hace falta también algo muy importante: una sociedad exigente. Es decir, una sociedad con educación y oportunidades. Una sociedad abierta. Una sociedad con libertad.

Se ha dicho que el mal triunfa cuando los hombres buenos no hacen nada. Estoy de acuerdo, pero añado: el mal, el populismo, la violencia y la miseria también triunfan cuando los hombres buenos están divididos.

La colaboración de todas aquellas personas que defendemos los valores comunes de la democracia, el Estado de Derecho, el pluralismo político, la libertad económica y la sociedad abierta es imprescindible para hacer frente a los grandes retos de nuestro tiempo.

La integración regional ha dejado de ser sólo una posibilidad para convertirse también en una necesidad perentoria. Hay que forjar un proyecto político sólido para el conjunto de esta gran región, exento de personalismos y cimentados en la suma de los mejores atributos cívicos y políticos: la generosidad, la amplitud de miras, el sentido de Estado y la voluntad decidida de labrar un futuro mejor para las próximas generaciones.

Pero también hay que reforzar el vínculo y la cooperación atlántica. Españoles y centroamericanos debemos trabajar juntos desde la doble certeza de lo mucho que nos une y nos jugamos. Este es el principal mensaje de esta Agenda de la Libertad.

Aprovechemos las oportunidades que ofrece la globalización con políticas reformistas y una mayor apertura comercial. Trabajamos para el fortalecimiento de las instituciones democráticas, y en defensa de la seguridad y la aplicación de la ley. Colaboremos para abordar los grandes desafíos de este siglo: el narcotráfico, el terrorismo, el crimen organizado, la lucha contra la pobreza y la inmigración ilegal.

En definitiva, avancemos juntos en la construcción de sociedades abiertas a ambos lados del Atlántico y hagamos que Occidente sea, más que nunca, sinónimo de libertad, seguridad y prosperidad. Es un desafío enorme; pero un desafío posible y un desafío necesario.

En esa gran tarea se ha volcado la Fundación FAES. Y a esa gran tarea les convoco, reiterando mi sincero agradecimiento a todos los que han participado en este primer Campus Centroamérica y el Caribe, y a quienes hoy tan amablemente nos acompañan en la presentación de la Agenda de la Libertad 2012.